

LUDWIK MARGULES: EL ÚLTIMO GENIO DEL TEATRO MEXICANO

A Lydia, y Rodolfo Obregón.

Su trabajo teatral lo hizo convertirse en el director de escena más importante de la segunda mitad del siglo XX mexicano. Primero que nada, fue un sobreviviente, de la segunda guerra mundial, del exilio en México, del idioma, las costumbres; y después, de una vocación tan exigente como el teatro que se propuso. Su analítica y aparente insensibilidad, y la constante insubordinación lo hicieron llegar a sus últimos montajes como el director de teatro que mayor rigor pedía en los actores, con un hondo estudio del texto y la construcción del espacio escénico como metáfora de la realidad respecto al entramado teatral que ofrecía. Con él —y gracias a sus cómplices Mónica Raya y Alejandro Luna— la escenografía e iluminación se elevaban al rango de personajes.

Una de las virtudes del trabajo de Margules es que supo renovar sus vanguardias. Sobran directores de teatro, en el mundo entero, que encuentran una fórmula, una escuela, una teoría, y la convierten en sistema de producción artística hasta su muerte. El mérito de Margules, como el de un puñado de creadores de teatro en México, es la constante actualización de su mirada, un afán cosmopolita, de Brecht y Kantor, pasando por Brook y Grotowski, hasta Stein y Strehler, observó y discutió la llamada tradición de la vanguardia en el teatro internacional con respecto a sus propias herramientas y las de sus contemporáneos en México.

MARGULES IMPOPULAR

Lo curioso es que algunas agencias informativas difundieran la muerte de Margules como la muerte de un dramaturgo. Curioso es también que en los medios de difusión

electrónicos la noticia apenas alcanzó un comentario. Ni siquiera el supuesto noticiero cultural de Canal 22 dedicó más de treinta segundos en su edición de medianoche.

Desde aquel homenaje en el Centro Nacional de las Artes que organizó Rodolfo Obregón, ya se veía un desinterés, o desinformación, por el director de escena polaco-mexicano. Reporteros desinformados, funcionarios ausentes y una concurrencia absolutamente gremial. Al respecto Obregón dijo: “Ludwik fue el mejor, pero no el más popular de los directores”. Lo cual es cierto y ofrece un rasgo característico del estado actual del teatro mexicano: la necesidad de regresar a la gruta –como el propio Margules en su Foro de Teatro Contemporáneo de la colonia Roma– y hacer ahí un teatro exigente, para la veintena de espectadores que somos. Lo cual obliga al teatro mexicano a verse entre conocidos y escasamente renovar sus públicos, más bien especializarlos.

ÚLTIMO LEGADO ARTÍSTICO

Hace casi un año, el crítico de teatro Fernando de Ita se quejaba en la mesa de un bar en Querétaro –ya sea por el tequila, o por la inminencia de la muerte de Margules– que sus juicios acerca de *Cuarteto* (1996) de Heiner Muller habían sido laudatorios en demasía. Se arrepentía de haber interpuesto su amistad ante la obra de arte. Le parecía un montaje dotado de exquisiteces. Aunque con aciertos a los actores los veía, a la distancia, ensimismados. Muy probablemente y desde afuera, el oficio teatral de Margules haya sido una colección, un museo personal de esmeros, un suceso largo encaminado esencialmente a los espectadores más perspicaces del lugar. Así se lo dice a Luz Emilia Aguilar Zínser en una entrevista: “Muchos años pensé que la única manera de comunicarse con el espectador era a través de las tripas, de la pasión. Mientras más envejezco en este duro arte de hablar desde el escenario, más necesaria me resulta una

comunicación compleja y completa [...] Busco hablar de acuerdo a los referentes del público, o por lo menos al espectador más brillante en la sala, el más sensible diría yo”.

Margules no quería más gente en el teatro, sino mejor. Se entiende entonces esa aparente lejanía de Margules con el gran público. No hubo, salvo excepciones, una preocupación primordial en ganar reconocimiento a cambio de minimizar su exigente discurso estético. Los temas y el tratamiento de su obras más importantes fueron las contradicciones humanas y el estremecimiento de la tragedia en la piel y sobretodo en la mente de los seres humanos, la condición trágica por excelencia.

Al respecto *Cuarteto* fue un ejercicio consagratorio. Seguramente, junto con *El doliente designado* de Juan José Gurrola, son las dos últimas grandes explosiones del teatro mexicano como fenómeno cultural, no sólo en público, además en el amplio reconocimiento del arte y la cultura nacional. En el Foro Teatro Contemporáneo, la cueva de Margules, se dieron cita durante las decenas de funciones artistas, funcionarios culturales y figuras públicas, y desde luego gente de teatro. Era un acontecimiento en el que los espectadores, al igual que el equipo creativo, pasarían a la historia, de la mano de Margules, sobretodo por la eficacia del espacio escénico (diseño de Mónica Raya) que en la estética de Margules fue siempre una síntesis del producto complejo, respecto a su masa crítica: los actores. Lo mismo sucedería en *Los Justos* (2002), y en *Noche de reyes* (2004), donde el espacio de la representación no podía ser más apisonado; la luz fija y de neón; sin tramoya, ornamentos mínimos; únicamente el texto y los actores; el verbo que contiene la violencia y energía de los oficiantes.

Su último binomio *Los justos-Noche de reyes* expresa con claridad la personalidad y exigencia del director exiliado. Al respecto, el director de escena y alumno suyo, Alberto Villarreal destaca: “se crea un mundo donde la extinción de uno sólo, representaría la nada. La necesidad de vínculo, la intolerancia a lo separado, engendra la erradicación de

la gratuidad [...] Como en los sueños de aquellos que quisieron ver en los mapas de navegación o en las constelaciones, un orden, una inteligencia sensible y cuidadosa de sus criaturas”.

MARGULES EL MAESTRO

Su aporte pedagógico es fundamental. Para la actuación en México, nombres como Julieta Egurrola, Ana Ofelia Murguía, Rosa María Bianchi, Fernando Balzaretto, Miguel Flores, Farnesio de Bernal, Emilio Echevarría, Esther Orozco, Laura Almela, Arturo Beristain, Luis Rábago y Rodrigo Vázquez, representan una buena parte de la mejor selección de histriones. La mayoría formados por Margules y otros, con educación diversa, encontraron en el viejo polaco al director de teatro que supo llevarlos a la mejor escena contemporánea mexicana.

No son pocos sus alumnos, y no serán pocos los que resalten ahora en sus semblanzas y currículum que trabajaron o recibieron un curso, charla o conferencia del maestro Margules, lo mejor será, a diez años de distancia de su célebre puesta en escena *Cuarteto* de Heiner Muller, esperar el nacimiento de un nuevo director de teatro que consiga, como el viejo polaco, un espacio para el hecho escénico ausente de academicismos y teorías privativas, y al mismo tiempo sea un maestro.

CUADRO BIOGRÁFICO. MARGULES COBEN, LUDWIK

Nació en Varsovia, Polonia, en 1933, y vivió en la Ciudad de México desde junio de 1957. Realizó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en la Escuela de Arte Dramático de Bellas Artes, en la Escuela de Arte Teatral del INBA y bajo la tutela del maestro Seki Sano.

En 1961 dirige *El gran camino*, de Antón Chéjov. Entre sus puestas en escena más destacadas están *La trágica historia del doctor Fausto*, de Marlowe (1967); *Ricardo III*, de Shakespeare (1971); *Fiesta de cumpleaños* de Harold Pinter (1975); *El tío Vania*, de Chéjov (1978); *De la vida de las marionetas*, de Bergman (1983); *Jacques y su amo*, de Kundera (1988); *Ante varias esfinges*, de Iburguengoitia (1991); *Las adoraciones*, de Juan Tovar (1993); *Tiempo de fiesta y Luz de luna*, de Harold Pinter (1994); *Cuarteto*, de Heiner Müller (1996); *El Don Juan*, de Molière (1997); *Antígona en Nueva York*, de Janusz Glowacki; *El camino rojo a Sabaiba*, de Óscar Liera (1999); *Los justos* de Albert Camus (2002) y *Noche de reyes* de William Shakespeare (2004). Dirigió las óperas *The Rakes Progress*, de Auden y Stravinski (1985); *El Fausto*, de Gounod (1986), *Aura*, de Mario Lavista, a partir del relato de Carlos Fuentes y adaptación de Juan Tovar.

Realizó trabajos de dirección cinematográfica, televisión y radio. También fue traductor teatral y director del Departamento de Actividades Teatrales de la UNAM, y en dos periodos del Centro Universitario de Teatro. Finalmente puso en marcha el Foro Teatro Contemporáneo donde formó mayoritariamente a actores, directores y escenógrafos. En el 2003 se le concedió el Premio Nacional de Ciencias y Artes.

Murió en la noche del martes 7 de marzo, víctima de cáncer, y sus restos fueron sepultados al día siguiente en el Panteón Israelita.

RECUADRO: LOS CRÍTICOS OPINAN.

Noé Morales Muñoz. Dramaturgo y crítico de teatro en *La Jornada semanal*.

1. *¿Cuál es la principal característica del teatro de Ludwik Margules, en su última época?*

El teatro del último Margules (de *De la vida de las marionetas* a *Noche de reyes*) es un teatro de la síntesis, de la esencia en el sentido kottiano del término. Desterrando cualquier elemento superfluo de la escena, su último teatro era, más que nunca, un teatro del actor: un actor capaz de desaprender nociones y conceptos enraizados desde tiempo atrás, un actor convencido. No sin conflictos ("actuar es una militancia", supo decir), a situarse en un estado de total indefensión, para definir conductos escénicos alejados de los convencionalismos y de las condescendencias que no dejan de lastrar al teatro mexicano. El grado cero de la actuación, si pudiéramos robarle el término a Barthes. Margules, como el mejor Mendoza, como el mejor Gurrola, el mejor De Tavira, emparejó al nuestro con el mejor teatro del mundo.

2. *¿Cómo definir el legado de Margules, en términos de su aportación al teatro contemporáneo, respecto al trato, corrección y educación de los actores?*

Su herencia puede valorarse en varios niveles: la trascendencia de sus puestas (la más importante), su indudable capacidad pedagógica (encarnada formidablemente por quienes, alumnos suyos en el CUT hace veintitantos años, son hoy algunos de nuestros mejores hombres y mujeres de teatro), su tratamiento del espacio, en mancuerna brillante con Alejandro Luna y Mónica Raya. Su legado es, pues, imprescindible.

3. *¿Con la muerte de Margules se murió el último genio del teatro mexicano del siglo XX?*

Más que eso, considero que con él se va un contrapeso imprescindible en toda comunidad artística: el del rigor y la congruencia. Margules ha sabido encarnar como nadie en el teatro mexicano contemporáneo al creador que, lejos de tendencias y modas instantáneas, lleva hasta sus últimas consecuencias un proyecto estético.

4. *¿El vestigio de la tragedia humana es la constante en el teatro de Margules?*

El sentido de lo trágico en Margules ha sido sencillamente inigualable en la historia de nuestra puesta en escena contemporánea. Lo trágico entendido como el horror subyacente, como la contraparte perversa de lo que suele entenderse por normalidad. Demiurgo inquieto y siempre insatisfecho, Margules transmitió en cada uno de sus montajes, despiadadamente, ese cúmulo de inquietudes intelectuales, artísticas, emocionales, sumergiendo al

espectador en una experiencia estética total e implacable, y devolviéndonos la fe en el teatro como un espacio en el que no caben la amabilidad y la medianía.